

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 17 DE ENERO DE 1841.

DE LA

TRISTEZA EN LA IMAGINACION.

Quando, concluida la lectura de alguna de las obras de nuestros genios contemporáneos, la imaginacion se tranquiliza, y descansa el corazon de los fuertes sacudimientos que en su curso esperiméntó, permanece en el fondo un amargo sentimiento que se resuelve en esta terrible pregunta. ¿Por qué ese grito de escepticismo y desesperacion se desprende de las cuerdas de la lira, como de las entrañas del poeta? ¿Qué ha visto esta jóven generacion en el camino de la vida, que arroja rebelde su carga, y retrocede espantada invocando el caos, y buscando con sus ojos el sepulcro? ¿Qué ha encontrado en el órden perfecto y en las maravillas de la naturaleza para no ver en ellas sino un cruel sarcasmo del destino, y en su alma misma manantial de tantas sublimes inspiraciones, para creerse un juguete del genio del mal que en un momento de cólera le arrojó sobre la tierra?

No hablamos aquí de esa nube de románticos coplistas, que cumplen con su *mision* de llorar, y de profanar las lágrimas verdaderas, y después de los cuales ninguno verdaderamente desgraciado se atreverá á gemir, ¡tan ridículos habrán sido sus gemidos y melancolía! Esos elegantes y perfumados *artistas*, cuyas *almas*

nada tienen de comun con la tierra, que desde la mesa de un café lamentan *las miserias del genio*, que adoran en una actriz *su cielo y su angel salvador*, y que prestan cierta estraña filosofía á sus *orgias* y desórdenes, deben reservarse á la pluma del satírico, ó al castigo para ellos mas terrible del olvido. Esta manía de sentimentalidad ó desesperacion que ha invadido hasta el terreno de la moda, que ha hecho volverse pálidas á nuestras sonrosadas hermosuras, y que ha armado de un veneno ó puñal como de un talisman á esas frívolas coquetas, es tan ridícula por lo menos como la que transformaba en risueñas Arcadias los salones de María Teresa ó de Carlos IV para suspirar los melífluos versos de Melendez ó de Metastasio, pero mucho mas peligrosa en sus consecuencias, como es mas peligroso representar una Lelia ó un Anthony que un Lícidas ó una Nice.

Pero si risa y olvido merecen esta cohorte de llorones imitadores, no diremos otro tanto de los grandes genios que franquearon los primeros el camino, de quienes aquellos se constituyen imágenes ó parodias. Las mismas palabras que nos fastidian en uno de esos, nos alarman y asustan en Byron ó en Dumas, porque ellos subyugan el siglo, porque ellos dirigen su tendencia. No será pues ocioso investigar la índole y el origen de la tristeza en la imaginacion, los caracteres diferentes que ha impreso en distintas literaturas, y el sello que ha comunicado á la actual.

Si con una palabra debieran abarcarse las varias formas y propiedades con que se presenta la tristeza ya como pasión, ya como instinto, la definiéramos nosotros el *sentimiento del vacío*. Siempre que algún hueco se forma en el alma ó en los sentidos, allí desciende la tristeza como una losa sobre el corazón. Desde la pérdida de una flor predilecta hasta la del hombre que forma la mitad de nuestro ser, desde los llantos del niño por un juguete, hasta los anhelos del alma sublime que aprisionada suspira por lo infinito, todo lo comprende la tristeza, porque todo supone más ó menos vacío. Así las sombras y el silencio inspiran generalmente melancolía á los sentidos; así la derraman en el alma los recuerdos de lo pasado; porque aquellos privan á los sentidos del ejercicio de sus funciones, porque estos muestran al alma la ausencia de cuanto ha perdido. Así un estado en que solo recuerdos y ningún goce existiese, sería el infierno del alma, sería la suma inmensa tristeza, porque sería un inmenso y estremado vacío.

Embebida la gran porción de los hombres en sus tareas materiales, y no pidiendo sino pan á la tierra y salud al cielo, otro vacío no sienten ni otra tristeza que el menoscabo de sus intereses ó la desaparición de su familia. Aumentándose los huecos á medida que se ensancha el círculo que para nuestra vida nos formamos, el hombre científico padece más que los otros, porque más vacíos se presentan en el mundo espiritual que en el material, y el poeta más que el hombre científico, porque el mundo imaginario satisface menos que el espiritual. Mientras el político y el historiador no ven en los siglos que han pasado sino lecciones que ofrecer al presente, ó datos con que apoyar un sistema, el poeta no cuenta en ellos sino el polvo de las generaciones y los destrozos de los imperios. No es una misma la luna ciertamente que examina el astrónomo desde su observatorio, y la que contempla el poeta en sus tristísimas meditaciones. No es decir que no tenga momentos todo mortal en que el alma se agita en vagos deseos, y pide espacio á lo infinito y duración á la eternidad, pero en aque-

llos momentos cualquier hombre es poeta entendiendo esta palabra en su más lato y genuino sentido.

Sin embargo la tristeza no es más que una carencia ó imperfección, como que en el orden físico la representan las tinieblas, y en el moral las afecciones negativas, sentimientos siempre penosos, como el odio y el temor, que envuelven en sí privación del amor y de la esperanza. Si fuese dado al hombre en este mundo alcanzar la verdad toda y toda la virtud, cesara la escitación en su mente y en su pecho la tristeza y la ansiedad, porque la luz ahuyentara todas las sombras, porque el amor llenaría todo vacío.

Y no se entienda de ningún modo que creamos superior ó más perfectoral que indiferente á todo lo demás se afana en sus tareas, ó se saborea en sus placeres, que no al que atormentan la inquietud y la melancolía; pues que debe tenerse en cuenta lo más vasto y grandioso del círculo que cada cual se fija para su existencia. El que siente la miseria de su condición está más cercano á sacudirla, que el que se tiende en medio de ella placentero y descuidado. La impasibilidad si hallarse puede, solo debe buscarse en un hombre de mundo completo, ó en algún austero anacoreta. Aquel nada desea porque nada conoce sino la materia; este tampoco nada desea porque todo lo posee. Pero como no es dado al hombre llegar á tal estado de abyección, ó de sublimidad; nivelarse enteramente con los brutos, ó con los ángeles, por esto el sufrimiento es la ley general de la humanidad, y la tristeza é inquietud es el patrimonio de los hombres.

Haciendo pues aplicación de estas reflexiones que harto difusas habrán parecido á algún lector, y harto breves á nosotros para desenvolver nuestro pensamiento, los efectos y hechos mismos que hemos observado en el mundo moral se nos presentarán en el mundo literario. Así el genio que animaba á la Grecia era tan leve y tan risueño, porque todo era materia; así el cristianismo levantó su frente tan serena de las catacumbas, porque todo era espíritu y verdad; así el culto de los hijos del norte, y

las cosmogonías de los orientales se nos ofrecen tan graves y sombrías, porque entre el espíritu y la materia, entre el error y la verdad tristemente se debatían.

Ostentábase tan ricamente varia la naturaleza, tan serena la atmósfera que á la Grecia circundaba, que no tenia aliento sino para respirar sus perfumes; ni ojos sino para mirarse á sí misma tan risueña y encantadora. ¿Qué podía en efecto comprender aquel pueblo, aislado de sus degradados dioses por el fatalismo, y de los demas pueblos por sus prevenciones y orgullo, sino sus carros y caballos, sus atletas de Pisa, sus juegos escénicos, y sus sangrientos y pasageros tumultos? Por esto la musa de los griegos ni llora, ni medita; y si llora, es sobre una ajada rosa ó sobre un arroyo agotado; y si medita la brevedad de los días, es porque los encuentra demasiado cortos para los placeres. Pidiéndolo todo á los sentidos, su alma dormía un sueño, del cual los filósofos con sus dudas y sistemas quisieron despertarla; pero esta lucha que hubiera desquiciado cualquiera otra sociedad, proporcionó á los griegos un espectáculo nuevo y divertido, acudiendo á los pórticos para oír discutida la regla de sus acciones y la inmortalidad de sus destinos, con el mismo afán é indiferencia que á los teatros para ver decidida la suerte de sus héroes, y llamándose estoicos ó epicúreos como los romanos del bajo imperio tomaban el nombre de *verdes y azules* de los combatientes en las corridas de caballos.

Reflejo de la griega fué la romana literatura, en cuya pomposidad y prestada brillantez se traslucen sin embargo la severidad etrusca, y los graves cuidados que al pueblo rey dominaban. Comparad sino las mismas elegías de Tibulo con el idilio de Bion á la muerte de Adonis, ó si otra pieza hay mas sentimental entre los griegos, y esta parecerá todavía risueña y leve al lado de la melancolía del poeta latino. Cuando los emperadores arrebatáron á los romanos su libertad y pundonor, y los sofistas su creencia y esperanzas, su literatura tomó un carácter sombrío como en los anales de Tácito,

ó lúbrico como en los versos de Petronio, fiel trasunto de las sangrientas convulsiones, y de las disolutas bacanales, que acompañaron la lenta secular agonía de aquel pueblo.

Pero si nuestros ojos buscan un cuadro enteramente diverso, deben volverse á las heladas márgenes del Báltico, ó á las espaciosas selvas del Ganges: y no se estrañe que unamos dos pueblos en épocas y climas tan distantes, porque la religion de los Bramas y la de los Druidas, si no comun origen, tienen alménos harta relacion entre sí. Los que vivian bajo el cielo sin color de la Escandinavia, y no atravesaban en sus continuas trasmigraciones sino lagos inmensos, y llanuras de su manto de nieve casi nunca despojadas, ni podian adorar otros seres, ni concebir otras imágenes que aéreas como sus nieblas, ó gigantescas como sus montañas. Ni los que miraban el abrasado sol de la India, y sus bosques sin fin poblados de dañinas y horrorosas fieras, podian soñar en los dioses indolentes y poco temibles del Olimpo griego. Como si aquella naturaleza rechazase de sí á los sentidos, despertando en el alma la ansiedad y la investigacion, vemos allí espiritualizarse las ideas, complicarse los símbolos, y tomar la divinidad formas mas terribles é indefinidas, y objetos el pensamiento mas sombríos é incorporeos. Allí vemos nacer mil estrañas cosmogonías para resolver los dos grandes problemas de la creacion del mundo é inmortalidad del alma, cuestiones que ni aun quizá sospecharon los griegos por largo tiempo, y que adoptaron indolentemente cuando sus filósofos las aprendieron de los Bramas. Este misticismo que caracteriza al Asia entera, y que imprime un sello tan figurado y tristemente vago, que aun hoy dia admiramos, á la literatura oriental, lo observamos con preferencia en la India, fuente en que bebieron los legisladores de aquella parte del mundo, maestra de Hermes, de Zoroastro y acaso de Confucio, y cuna de aquellas creencias que estendiéndose por la Fenicia y el Egipto llegaron ya materializadas á la Grecia, como la niebla va condensándose á medida que se aleja del sol.

(Se concluirá.)

MI JUVENTUD.

I.

¿Cuándo vendrá, decid, la edad florida,
Y aquellos días que pintais risueños,
Y el aliento de fuego, y dulces sueños
De mil venturas y esperanzas mil?

¿Cuándo atravesaré el campo de rosas,
Del perfume viviendo que despide,
O el espacio sin fin que en torno mide
La vista juvenil?

¿Veinte años conté!... ¿creeis acaso
Que desnudo en abril el árbol tierno
Se vestirá de flores en invierno?
O no habrá primavera para mí?

Y entretanto yo vuelo, y con sus rosas
Bajo mis piés la tierra se desvía...
No, Dios mio, no lloro... ¿lloraria
Porque me acerco á tí?

Ah! no lloro mis días porque huyeron,
Lloro porque han lucido en daño mio:
Húndanse, sin llegar, en el vacío,
Húndanse todos si no son por tí.

Si has de hablar una vez al alma mia,
Si algun suspiro he de ofrecerte amante,
Viva este instante solo, que ese instante
Un siglo vale aquí.

Ni palacios espléndidos, ni el oro
Mis ojos al abrirse deslumbraron;
Y entre las danzas y amoroso coro,
Hollando el mirto, con desden pasé.

Insensible las fiestas y el tumulto
Atravesé llorando, el rostro oculto,
Cual buscando á su madre el triste niño
En torno nada vé.

Desdeñada del mundo y desdeñosa
Mi alma amaba la noche solitaria,
Y el triste meditar, y la plegaria;
Y era un volcan mi corazon de amor.

Horas mil en silencio he meditado;
Vestióse á rios por mi rostro el llanto;
Ha amado el corazon, ha amado tanto...
Mas nada á tí, Señor.

¿Qué busqué? qué pensaba? á qué vivia?
¿Por qué solo, perdido en el vacío,
Entre el suelo que hollaba con desvío
Y entre el cielo mi espíritu vagó?
¿Por qué mi corazon en su miseria,
Antes que darse á tí, yació desierto?
¿Por qué insano entre Dios y la materia
Nuevo vivir buscó?

Aquello no fué vida, sino caos,
Y en la mente las sombras de un delirio,
Y en el latir del pecho un cruel martirio,
Y el yelo del sepulcro ya sentir.
Si el camino ¡ay de mí! se me acabara
Sin brillarme tu luz, ó Dios eterno;
Si en vano fuí infeliz, en vano tierno,
Sin nunca á tí venir..!

Ah! no, no mas gemir. Ya me levanto,
En mis venas ya siento nueva vida.
Cierto que oscuro es mi camino tanto;
Dóblase herido entre maleza el pié:
Cierto que patria no hallaré ni fama,
Que nadie guardará mi amor ó nombre...
Mas Él, mas Él existe, y siempre me ama
Y amarle yo podré.

Y siempre con el rayo de la aurora
Sobre los montes pura alzarse el alma,
Siempre podrá á la luna en dulce calma
Por los cielos tiernísima vagar;
Y entre las sombras del altar inmóvil
Ante el Eterno arder cual sacro fuego,
Y unir queridos nombres, y en su ruego
Los muertos animar;

Siempre ver un amigo, y abatido
Alménos descansar en dulce pecho...
Oh! dámelo, Señor, y en lazo estrecho
Nos alzarémos hasta tí mejor.
Y ese amor nos dirá tus maravillas

Mas que el mar y los astros en que brillas,
Amor de tu bondad mejor reflejo
Que el alba ni la flor.

II.

Y mis dias, cual de estío,
Serán largos y serenos;
Y por lo pasado alménos
Llanto solo verteré.

Dese á lo pasado el llanto,
Al vacío que atrás miro;
Que en mi porvenir ¡ó encanto!
A tí solo mi alma vé.

Y los campos tendrán gala,
Y luz para mí la esfera;
Y la flor de primavera
En mi otoño brillará.

Y verá pasmado el mundo
Renacer mi faz serena:
Él no comprendió mi pena,
Ni mi paz comprenderá.

Que si mi planta se anima,
Espinas, no rosas, huella;
Si mi frente brilla, en ella
No ciñó el honor laurel;
Si le elevo, es que refleja
Este brillo desde el cielo;
Si en mi senda invicto vuelo,
Es que está en sus lindes Él;

Es que solemne me llama
Del fondo del ara oscuro:
Su voz romperá ese muro,
Que Él no llama en valde, no.

En mi frente arde la gloria,
En mi pecho amor y brío...
¡Veinte años ya, Dios mio!
¡Pueda ser ay! vuestro yo!

Despertar con la campana,
Y del templo en oro y grana
Con la luz de la mañana
Ver el roseton brillar;

Y á cien voces alabarte,
Y velar las santas urnas,
Y las lámparas nocturnas
Oscilando ante el altar.

Y será vivir aquello,
Y ver cada sol mas bello,
Y de juventud destello
Sin delirios ni ambicion.

Y entónces será el amaros,
O sangre del alma mia,
Vosotros, amigos caros
Que nombra mi corazon.

Y me amaréis cual os amo:
Y os ofreceré glorioso
Ese afecto, lirio hermoso
Que brotó entre el cieno ya.

Y elevada á Dios el alma
Se unirá á la vuestra en tanto;
Léjos de Él si os quise tanto
¿En su seno qué será?

Y latiré á vuestros pasos;
Os sentareis á mi lado;
Cual bebe el rocío el prado,
Vuestras hablas beberé:

Tal vez hablarán los ojos,
Tal vez estrechas las manos,
En aquel amor de hermanos
Todo el orbe abrazaré.

Y amaré el sabroso fuego
Entre pláticas ardiendo;
Y amaré el blando sosiego
De la noche y de la mar;

Y de natura el contento,
Y el libro y el aposento;
Y de vida en cada aliento
Cual de un don podré gozar.

Seguiros por lueñes playas
Sentiréis al alma mia;
Vuestro sueño en tumba fria
Aun la sentiréis mecer.

Y con cada muerte el pecho

Sentirá extinguir su vida,
Cual rojo de techo en techo
Resbala el sol al caer.

Y querré morir entónces;
Y se cruzará mis brazos,
Y diré rotos mis lazos;
«Todo os lo ofrecí, mi Dios.»
Y polvo serán mis huesos.
Y el corazon con que amaba;
Que este amor en lo alto acaba,
Todo acaba. . . . ménos Vos.

Setiembre de 1839.

J. M. Q.

CRITICA DRAMATICA.

CÁDATE POR INTERES Y ME LO DIRÁS DESPUES.

Comedia original en cuatro actos y en verso
POR ABENAMAR.

El nombre de Abenamar, que como autor figura al frente de esa comedia, debia retraernos de un análisis que bien á pesar nuestro nos vemos en la imposibilidad de hacer favorable, so pena de incurrir en la nota de parciales. El plan de esta comedia, si bien lo creemos conocido ya de la mayor parte de nuestros lectores, debemos sin embargo apuntarlo aquí sucintamente para fundar nuestra censura que á él en particular se dirige. D. Diego va á casarse con doña Luisa jóven rica y hermosa, pero D. Diego tiene ya un hijo de ciertas travesuras habidas con una tal Isabel, asi como doña Luisa tiene tambien un amante ó ex-amante (que esto no llega á saberse á punto fijo) llamado D. Juan, que se alegra de verla casar. El matrimonio se efectúa, é Isabel introducida en la casa como doncella, lo que entre paréntesis no da la mejor idea de su recato, dice á doña Luisa que tiene que pedirle un favor singular, y efectivamente este favor es muy singular, por-

que no viene á ser otra cosa que contarla sus penas y sus desgracias. D. Diego que ha presenciado ésta escena sin poderla evitar, dice en secreto á Isabel al tiempo que esta iba á marcharse de su casa, que le espere en el jardín, y la honachona de Isabel, que á la cuenta no debe saber lo que es amor propio ni orgullo ofendido, admite esta cita de un hombre que tan mal se ha portado con ella y que acaba de añadir una mas á sus ofensas dando la mano á otra muger. Doña Luisa por su parte ha comenzado á sospechar vagamente de la intimidad de Isabel con su esposo, y en vez de procurar aclarar sus dudas va y ¿qué hace? Coge á D. Juan y con el mayor desenfado le dice que desearia trocar el nombre que le da de amigo por otro mejor. D. Juan admite inmediatamente esta proposicion, y ambos se citan en el jardín, en donde Isabel espera al recién casado D. Diego. Allí D. Juan propone á su amada que se fugue con él, y ella que como hemos indicado no gusta de melindres, acepta inmediatamente y lo efectúa en seguida sin el menor remordimiento y sin dar á D. Juan el trabajo siquiera de rogarla y persuadirla. Llega en esto el marido, quien como ha oido la voz de un hombre sospecha de Isabel; pero esta que ha presenciado oculta la escena anterior, le hace sospechar de doña Luisa, y efectivamente el marido sospecha de su muger cuando la tal muger ya no es suya (que esta es siempre la perspicacia de los maridos), y aquí acaba el tercer acto, pudiendo tambien acabar la comedia. En el cuarto, que figura ser en Portugal, aparece un tal D. Antonio, á quien nadie conoce ni sabe quién es, hasta que un criado llamado Pimiento, y que si hemos de decir la verdad poco ó nada tiene de su nombre, nos hace ver en él el padre de Isabel, (muy señor nuestro) que ha estado preso no sabemos cuantos años, y de quien no se habia hablado en toda la comedia. Este padre, que es un caballero muy amable é indulgente, pregunta por su hija; pero como casualmente su hija está en Portugal, en donde tambien casualmente se halla D. Diego, porque casualmente se murió su muger en Fran-

cia despues de haberse fugado con D. Juan, Pimiento se la hace ver, y despues de los primeros abrazos y de haber referido Isabel todas sus penas, sale de pronto D. Diego, ofrece á Isabel su mano, dice ella que es la mas feliz de la tierra, y cae el telon.

He aqui la comedia, comedia que de ninguna manera esperábamos del talento ni de la pluma de Abenamar. Este escritor, tan justamente célebre por la gracia, pureza y facilidad que aparecen en todas sus producciones, necesario es confesarlo, ha tropezado grandemente en su primera composición dramática. Los carâcteres de Isabel y de Luisa no solo son inverosímiles, sí que tambien algo inmorales. El autor ha querido que el espectador se interesase por Isabel; pero los medios que para ello ha empleado solo sirven para hacerla aparecer poco ménos que prostituta. En el carácter de Isabel hay la abnegacion de todos los sentimientos y sobre todo del orgullo, que es el que jamas hace olvidar á una muger el amor y mucho ménos cuando ese amor es desdeñado. Mas dirémos: hay bajeza, porque Isabel sufriendo de la ingratitud de D. Diego, pero sufriendo sola, inspirará compasion; pero si en vez de esto la vemos perseguir tenazmente á su amante que ja ha olvidado, introducirse disfrazada de criada en su casa, y cuando ya es esposo admitir de él á la primera insinuacion una cita, sabiendo que ningun resultado bueno debe esperar de ella y sí tal vez un engaño mas, oh! entonces Isabel nos parece bien despreciable, entonces sin querer hacemos un gesto de asco, porque ninguna razon, ningun motivo encontramos que disculpe su conducta, y solo vemos en ella envilecimiento. En cuanto á Doña Luisa no comprendemos su proceder. Doña Luisa, á quien debemos suponer enamorada de D. Diego por haberle elegido entre una multitud de pretendientes que aspiraban igualmente á su hermosura y á sus cuantiosos bienes, esa misma doña Luisa apenas recibida la bendicion nupcial llama á D. Juan y sin andarse en rodeos le dice que le ama, y huye con él; todo eso por una simple sospecha de que su marido le es infiel.

¿Dónde está la verosimilitud? ¿dónde la moralidad? Si alménos hubiesen transcurrido algunos meses despues de la boda si hubiera mediado bastante tiempo para que al amor sucediese la indiferencia cuando ménos, entonces sí, podríamos comprender esta conducta. Aun de este modo fuera necesario mas seducción por parte de D. Juan, y mas resistencia y mas remordimiento por parte de doña Luisa; pues sabido es que las mugeres, si quieren ceder, quieren tambien que se las obligue á ello, quieren un combate, quieren ser precio de una victoria, porque así conservan un mérito á los ojos de su vencedor, mérito que disminuye en proporcion de lo fácil de la conquista, y que llega á convertirse en desprecio cuando aquella nada ha costado. Este principio es demasiado sabido de nuestras mugeres para suponer ignorante de él á doña Luisa. En los demas carâcteres de la comedia poco ó ningun interes encontramos. D. Diego es un hombre que tiene un amigo de su muger ántes de casarse, y pocos escrúpulos de ser infiel á su esposa así que se ha casado. Lo primero no lo estrañamos: lo último lo desaprobamos. D. Juan es un mal seductor, que el autor presenta á las tablas solo para que doña Luisa tenga con quien huir; y los personajes de Pimiento, Mosquito, Juana, Ines y don Antonio, para nada sirven en la comedia, sino es para hablar y para que el público sepa que los novios tienen criados é Isabel un padre.

Hemos criticado hasta aquí, porque somos imparciales, y hemos de alabar ahora para no ser injustos. La versificacion de esta comedia es fácil y brillante, y acredita á su autor de excelente poeta. Descúbrese no pocas veces conceptos ingeniosos y bellísimos, que en nada ceden á los de los modelos que el autor se ha propuesto imitar. La escena entre Pimiento y Mosquito con que empieza la comedia y en la cual se encierra toda la esposicion, la primera de doña Luisa con D. Juan, la que pasa entre D. Diego, Doña Luisa é Isabel, cuando esta cuenta las desgracias de su vida, y otros muchos trozos que pudiéramos citar, son de este número y de aquellas que no harian en nues-

tro concepto ningun mal papel al lado de las mejores producciones de nuestros antiguos poetas. Lástima es por cierto que el autor de la comedia que nos ocupa haya meditado tan poco en la formacion de un plan que correspondiese á la belleza de sus versos. Que Abenamar tiene un talento brillante es sabido de todo el mundo; que es poeta, y poeta bueno, lo acredita su comedia; de consiguiente las faltas que hemos apuntado son faltas voluntarias, faltas que merecen toda la severidad de la crítica porque las consideramos hijas del descuido. Creemos en Abenamar capacidad mas que suficiente para dar lustre y gloria al teatro español, y por eso acaso habremos sido algo duros en nuestro análisis; pero Abenamar tiene una reputacion gigante y merecida, y con Abenamar la crítica no debe guardar término medio.

M.



TEATRO.

REPRESENTACION DEL TASSO,

ópera del maestro *Donizetti*, en el teatro de esta capital la noche del domingo último.

TORQUATO TASSO es sin disputa una de las mejores composiciones de *Donizetti*. El público mallorquin juzgó ya de ella ventajosamente en otra temporada, y este juicio en nada ha desmerecido con la nueva aparicion en nuestro teatro de esta linda ópera. El TASSO, rival y hermano de LUCIA DE LAMERMOOR, de AXA BOLENA y de otras muchas que tan hermosa y justa reputa-

cion han dado al Sr. *Donizetti*, es ópera bellísima llena de armonía y de pasion, ópera que interesa á pesar suyo al espectador, que le roba toda su atencion y que burla los esfuerzos del análisis mas escrupuloso. Creemos inútil enumerar las piezas que mas embellecen esta produccion. Los dos duos de Taso con Eleonora, el de esta con Roberto, el de Roberto con Taso y la aria de este último con que acaba la ópera son piezas demasiado conocidas y demasiado apreciadas para que sea preciso formar su elogio en un artículo.

El desempeño fué bueno, como habíamos esperado. Desearíamos no obstante oír mas al señor Zoni en algunas ocasiones, y en otras vermas espresion en el Sr. Gerli, como por ejemplo en su primera salida. Tambien aconsejaríamos á la Sra. Casanova que nos hiciese oír las ideas del autor con preferencia á las suyas. A lo último del *allegro* de su cavatina reparamos que fue deteniendo el compas; cosa que no solamente nos hizo muy mal efecto sino que tambien nos pareció algo ridícula, por la afectacion con que apoyaba sobre cada sílaba. Quisiéramos que esta señora se limitase á cantar lo que hay escrito, sin poner nada suyo por bueno que le parezca, pues de lo contrario solo consigue cargar con una responsabilidad de la que tal vez no pueda salir siempre airosa. Por lo demas, y dejando á un lado la parte del duque escrita para bajo y ejecutada por un tenor, cuya parte no podemos criticar ni alabar porque no la oímos, el TASSO salió bien; y si mal hubiera salido, la aria que en el tercer acto con tanto placer y atencion nos hizo escuchar el Sr. Gerli, bastaba por sí sola para hacer olvidar enteramente las faltas que en las piezas anteriores pudieran haberse notado.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.
